



Ya estoy, o, mejor dicho, ya estamos aquí de nuevo a comentar la picardía gobernante. Y digo «estamos» y no «estoy» porque mi nombre es legión. Por derecho de legítima conquista, no por gracia de ninguna potestad, uso de ese plural de publicidad, frontero al que los gramáticos llaman plural de majestad. Pero por hoy dejadme, lectores, que emplee el cínico yo.

Ya estoy, pues, aquí a todo evento. No hace mucho que me han denunciado un artículo por supuestas injurias a antepasados—no sé también si alguno supuesto— de Su Majestad. Son los Habsburgos, a lo que parece, intangibles, y es intangible aquel monstruo de falsía y de cobardía que fué Fernando VII, «el Abyecto».

Y hasta los gatos quieren zapatos. No sé si el lector sabe que soy concejal del excelentísimo Ayuntamiento de esta ciudad de Salamanca, en que vivo y lucho. Pues bien; anteaer mismo nos reunió, antes de la sesión, a los concejales todos el señor alcalde—alcalde de elección popular—, manifestándonos su deseo de dimitir, porque el señor ministro de Abastecimientos le tenía frito, pretendiendo que dejara sin efecto una incautación de trigo de una señora emparentada con el señor ministro. Al representante de esta señora parece que no se le caía de los labios, en el despacho del gobernador, lo de «mi primo Ventosa». Y el alcalde nos contó tales cosas del modo cómo el gobernador de ésta da, por encima de lo preceptuado, licencias de exportación, bien que alegando que para ello tiene órdenes superiores—órdenes que, por supuesto, jamás exhibe—y otras frescuras que me creí en el deber de hacerlo todo público en la sesión pública y llamar al Ponceo fresco y anarquista. ¡Y aquí ha sido ella!

Esta misma mañana me han llamado al Concejo para decirme que el Ponceo pide certificado del acta de la sesión, de un acta que no está, no ya aprobada, mas ni extendida—¡abogado había de ser el «político»!—, y no sé cuántas cosas más. Le ha ofendido que le llamen «fresco», cuyo sentido es bien claro, y «anarquista», esto es, autoridad que, debiendo hacer cumplir la ley, la vulnera. Y eso que no le llamé romanonista, que es peor, y que nada dije en la sesión—por no ser de

aquel sitio ni ocasión—de lo que al público se oye en esta ciudad sobre la tolerancia del prohibido juego de azar. Aunque en esto parece ser que la tal tolerancia es hoy en España algo así como de Real orden.

Y el Ponceo implica con la amenaza que me dirige al ministro de Abastecimientos por aquello del primo que le aprieta a que deje sin efecto una incautación. Ya otra vez denuncié otra medida así de nepotismo, y la denuncié desde estas mismas columnas y en un «Comentario» del entonces comisario, que no ministro, de Abastecimientos, Sr. Silvela. Y este señor, revolviéndose contra mí, por una denuncia, que se la hizo la Cámara de Comercio de ésta, me contestó con unas cuantas tangenciales tonterías y subterfugios, y acababa insinuando que estoy loco. ¡Bendito sea Dios! Porque del que hoy no se vuelve loco en España hay que pensar muy mal. Y en cuanto a él, al Sr. Silvela—otro Silvela, por supuesto—, es fácil que no pueda enloquecer.

Aquí estoy, pues, de nuevo a reanudar mis comentarios a la picardía política española de hoy y a seguir combatiendo contra el terrible mal de moda, contra la gripe, o cólera, o tífus—o lo que sea—, que está acabando con la civilidad, la dignidad y la libertad que aun quedaran en el reino de España. Ese mal es el despotismo, el régimen de secreto y de clandestinidad, lo de hacer las cosas a cencerros tapados, lo de tomar medidas por razones que el Soberano se reserva, como en tiempos del Habsburgo Felipe II, el del Escorial, pestilencia que llega desde lo más alto y grave, que es lo internacional, hasta lo de trasladar a un pobre empleado por «necesidades del servicio», fórmula de la más depravada infamia caciquil.

Hace poco más de cuatro años le desenjaularon al que ahora traza aquí estos comentarios, y al desenjaularle abriéronle los ojos. ¡Dios premie a los que así le quitaron de ellos aquella venda que, por triste flaqueza humana, él mismo, el comentarista, no se había querido quitar! ¡Es tan enervadora la servidumbre!

Abrió el comentarista los ojos, que tanto se había complacido en tener, para su mal, cerrados, y vió la miseria de esos seres a que llamamos po-

líticos, los de tanda y turno; esos que, como decía Cadalso, «con el mismo tono dicen la verdad y la mentira»: esos que pasan por todas las ruindades antes que confesar noblemente sus culpas; esos viles esbirros del despotismo.

Aquí estoy, pues, de nuevo. Y como mi nombre es legión, desde el próximo comentario volveré a adoptar, frente al plural de despotismo, el plural de publicidad. Porque si el despotismo es el régimen de secreto, no ya de violencia—esto es, tiranía—, la democracia es el régimen de publicidad y no el de la mayoría.

Miguel de Unamuno.